

Publicado el 6 de febrero de 2011 en El Magazine, La Vanguardia

Juan Gelman

Texto de Alfred Rexach

Fotos de Libert Teixidó

Con 80 años, este poeta argentino sigue recordando cómo la dictadura de su país le arrebató a su hijo y su nuera, asesinados por los militares. Tras un auténtico calvario, en el 2000, consiguió recuperar a Macarena, su nieta, entregada con dos meses a un militar uruguayo y su esposa



Gelman, durante un recital de sus poemas de amor que tuvo lugar el año pasado en Barcelona, escucha al bandoneísta Rodolfo Mederos

Considerado “el mayor poeta vivo de habla hispana”, Juan Gelman, premio Cervantes 2007, es también periodista en activo aunque cumplió ya los 80. Fue comunista, fue guerrillero, fue montonero, fue condenado a muerte (dos veces). Argentino (porteño, de Buenos Aires), aunque hoy vive en México DF, Gelman sigue mirando la vida con ojos cargados de estupor, sin arrepentirse de nada de lo que ocurrió ni de lo que pueda pasar.

“Me gustaría que me hables de vos (...) para darte tu historia, no para apartarte de lo que no te quieras apartar. Ya sos grande, dije”. Estos versos usted los escribió en 1995, ¿puede explicar por qué?

Me gustaría, pero no lo sé. Y no lo digo para no perder la virginidad que no tengo, es que no lo sé... En realidad, escribo para saber lo que me pasa...

¿Tuvieron que ver con algo que sucedió casi 20 años antes, en Buenos Aires, el 24 de agosto de 1976?

Yo estaba en el exilio, y ese día un grupo de tareas de la dictadura militar argentina secuestró en Buenos Aires a mi hija, Nora Eva, a mi hijo, Marcelo Ariel, y a mi nuera,

María Claudia García, que estaba encinta de siete meses. Los llevaron a un centro clandestino de detención. Semanas más tarde asesinaron a mi hijo de un tiro en la nuca. Localicé su cadáver muchos años después, sus restos estaban metidos en un bidón de grasa relleno de cemento y arena, que habían tirado a un río. Lo de mi nuera fue un secuestro de vientre, a ella la dejaron vivir un poco más, hasta que tuvo su bebé y pudo darle la mamadera un par de meses, luego también a ella le pegaron dos tiros, uno en la barriga. La niña fue depositada en una canastita en la puerta de una casa donde vivían un militar uruguayo y su esposa. Era un regalo de Navidad. La vi por primera vez en el 2000, en Montevideo, hoy se llama Macarena Gelman, y no lo digo porque sea mi nieta, pero sí, es una gran mujer.

Gelman ha prendido ya el primer cigarrillo de una mañana soleada y ventosa de Barcelona, adonde llegó para una insólita experiencia: recitar poemas de amor, acompañado de su amigo el bandoneonista Rodolfo Mederos, un purista del tango, del contrabajo Sergio Rivas y el guitarrista Armando de la Vega. “¿Escuchó usted ese contrabajo? ¡Era Buenos Aires llorando!”. Fumará algunos más antes de terminar su relato del espanto. Siempre rubios, rechaza los pitillos negros porque dice que a su edad ya no le convienen.

“La primera noticia de dónde podía estar mi nieta (“No sé si sos varón o mujer. Sé que naciste...”) me llegó a través del Vaticano en 1978, en Roma, donde estaba exiliado. Recomendé una búsqueda desesperada, ayudado por Mara La Madrid, mi segunda esposa. Ella me daba fuerzas, me empujaba cuando me desanimaba, porque yo tenía datos falsos. Pensaba que mis hijos habían sido ingresados en un centro de detención argentino, los había por todo el país. Un jesuita, Fiorello Cavalli, me ayudó todo lo posible. Años más tarde, manos anónimas me hicieron llegar los legajos de un juicio secreto llevado a cabo por militares y policías. Era una pelea entre ellos, y en aquel documento se explicaba con todo detalle cómo actuaba la Side (Servicio de Información del Estado), que despachaba directamente con Videla”.

Hay un desprecio enorme, más incluso que rabia, en la voz oscura de Juan Gelman cuando cita el nombre del teniente general Jorge Rafael Videla, el golpista que presidió la sangrienta y salvaje dictadura argentina (1976-83), responsable de 30.000 desaparecidos. Tras varios juicios, el 22 de diciembre del pasado año, Videla fue condenado a perpetuidad por crímenes contra la humanidad, y específicamente por la muerte de 31 presos internados en una cárcel de Córdoba (Argentina). En su alegato ante el tribunal que le juzgaba, el ex general, que hoy tiene 85 años, justificó los crímenes y secuestros asegurando que formaban parte de “una guerra justa”.

Usted ha sido comunista, ex comunista, guerrillero, ex guerrillero, montonero, ex montonero. ¿Qué le quedó de todas aquellas luchas?

De nada estoy arrepentido. Cada uno tiene que asumir su responsabilidad en la derrota y en los errores.



¿Alguna vez empuñó un arma que no fuera la palabra?

No, nunca. Mi trabajo consistía en organizar. Y no, nunca maté a nadie. No crea, a veces lo lamento.

¿La poesía es un arma cargada de futuro o un arma cargada de pan duro?

No, la poesía no es un arma. Es resistencia contra el envilecimiento. Cumple un papel esencial, y es que el lector de poesía, como el que escucha música o mira pintura, descubre, gracias al arte, territorios interiores que no sabía que tenía y que por eso no tenía.

La dictadura le buscaba para matarle, la protodemocracia de Raúl Alfonsín quería someterle a juicio por delitos y crímenes de los montoneros, a los que usted perteneció, los montoneros le condenaron a muerte. ¿Cómo hizo para resultar incómodo a tanta gente, tiene vocación de rompebolas?

Sí, creo que sí –se ríe–. Tuve dos condenas a muerte, la de la dictadura y la de montoneros. Fue como las copas de los happy hours, dos por una. Yo tuve mi happy hour de condenas.

¿Por qué los montoneros quisieron acabar con usted?

Me opuse a la llamada contraofensiva militar, un grupo de compañeros estábamos en contra de pasar a una lucha armada que sólo sirvió como pretexto a la derecha para lanzar el terror. La cúpula de montoneros enviaba a la gente al sacrificio. Eso era lo principal, y había que oponerse. Acá, en Europa, los partidos socialdemócratas, que en aquellos años eran dominantes, salieron en mi defensa, y, en una muestra de generosidad, montoneros prometió que no me mataría en territorio europeo. Entenderá usted que esta generosa y pacífica decisión fue un consuelo para mí.

En España, Franco dio un golpe militar, y hubo una reacción que abrió una guerra de más de tres años hasta que la dictadura logró imponerse. En Argentina, en cambio, el golpe del 76 duró apenas hora y media. ¿Dónde estaba el pueblo argentino mientras los militares se instalaban en la Casa Rosada?

En el caso de ustedes, el ejército se dividió. Muchos militares se opusieron al golpe y lucharon para defender la República. En Argentina no hubo esa partición, y además la ciudadanía estaba controlada desde mucho tiempo antes por los alcaldes del conurbano

bonaerense, instalados en más del 75 por ciento por la derecha peronista y sindical, por la patronal y por los radicales. Los únicos que no estaban en la conspiración eran socialistas y comunistas. Desde luego, tiene que haber una base social para que un golpe triunfe.

La palabra guerrilla se inventó en España y pasó a todos los idiomas. ¿Sucederá lo mismo con la palabra corralito, inventada en Argentina?

No, espero que no (vuelve a reírse), pero fíjese lo que está ocurriendo con la crisis, el Fondo Monetario Internacional está liderando las políticas. Sucedió lo mismo en Argentina, y esto dio paso a la suspensión de pagos del país y, sí, al corralito. Por lo visto, no aprendemos nada



Macarena Gelman, nieta del poeta, en una imagen del año pasado

LA TRAGEDIA FAMILIAR

El drama vivido por los Gelman, apenas comenzada la dictadura militar argentina de 1976 –que en sólo un par de horas acabó con la demencial presidencia de María Estela Martínez de Perón, viuda del general Juan Domingo Perón, y dirigente, ella misma, de uno de los periodos más esperpénticos de la moderna política argentina–, fue padecido por miles de familias. De un día para otro, de manera totalmente imprevisible, veían desaparecer a algunos de sus miembros, secuestrados y torturados por los siniestros grupos de tareas, que invadían domicilios y practicaban detenciones absolutamente arbitrarias y sin control judicial alguno. Metidos en el portaequipajes de los temidos Ford Falcon con matrículas trucadas, eran transportados como bultos hasta los centros clandestinos de detención, donde nadie daba cuenta de ellos. Con frecuencia, estas operaciones terminaban con la desaparición física de las víctimas.

Los detenidos en la guerra sucia desatada por el régimen militar, presidido por el triunvirato al frente del cual se encontraba el teniente general Jorge Rafael Videla, eran ingresados en siniestros locales y hasta en acuartelamientos, como la tristemente célebre Escuela Superior de Mecánica de la Armada (ESMA), situada en el centro de Buenos Aires, muy cerca de la emblemática avenida del Libertador. Tras la dictadura, se estimó que más de 5.000 prisioneros, muchos de los cuales desaparecieron para siempre, pasaron por la ESMA.

Los hijos de Juan Gelman no fueron distinguidos con una ergástula de tanta categoría, pues estuvieron internados en un lugar mucho más pequeño, aunque no menos espantoso: Automotores Orletti, también en Buenos Aires, en el barrio de La Floresta. Situado junto a las vías de un tren de los que atraviesan la capital a cielo abierto, Automotores Orletti era un sucio local de dos plantas, con celdas habilitadas y espacios para la tortura. Allí los detenidos eran sometidos al submarino (sumergirles la cabeza en un depósito de aguas putrefactas, hasta casi ahogarles). En la planta superior funcionaban las picanas eléctricas.

Los detenidos en Orletti eran de diversas nacionalidades, como sus captores y verdugos. El local formaba parte de un vasto operativo represivo, denominado operación Cóndor, que coordinaban agentes y matones de Chile, Uruguay, Paraguay, Brasil, Bolivia y la propia Argentina.

Treinta y cinco años más tarde, Juan Gelman recuerda el calvario que sufrió durante la búsqueda de su hijo, su nuera y su nieta. Sólo ha podido recuperar a esta última. Su relato reconstruye los hechos a partir de testimonios de conciudadanos que sobrevivieron a su cautiverio:

“Había una nueva interna en la planta baja de aquel lugar, donde se hallaban también dos niños cuyos padres habían sido asesinados poco antes. Esperaban ser entregados a sus nuevos padres. Una noche, hubo gritos en la guardia pidiendo una ambulancia porque la nueva interna tenía contracciones. Días más tarde se escuchaban los llantos de un bebé. Algunos de los prisioneros en Automotores Orletti vieron trasiego de biberones”.

“Años más tarde –relata el poeta– fui a Uruguay con mi mujer y mantuvimos entrevistas con supervivientes de Automotores Orletti. Pedí una audiencia con el presidente uruguayo, Julio María Sanguinetti. Se había pasado todo su mandato diciendo que su régimen era una dictadura idílica. Nos recibió su secretario, nos pidió un memorando. Sanguinetti, en apariencia conmovido, era también comandante en jefe de las fuerzas armadas, pero no podía averiguar nada. A los dos meses llamé al secretario del presidente, que no me recibió la llamada. Empecé entonces una campaña internacional. Aquello podía parecer el delirio de un poeta. Al final se habían adherido 90.000 personas de 122 países, entre ellos varios premios Nobel, como Günter Grass. Todo se publicaba, y creo que a Sanguinetti no le hacía demasiada gracia”.

“A mi hija Nora Eva –explica– la liberaron pocos días después de secuestrarla. En las pesquisas que íbamos haciendo con Mara La Madrid, mi segunda esposa, envié una carta al general Harguindey (Albario), que ocupaba un alto cargo en el gobierno argentino. No se dignó contestar. Hubo más cartas, alguna tuvo respuesta. Harguindey se mostraba pesimista acerca de la posibilidad de localizar a unos desaparecidos de los que, en Argentina, nadie sabía nada, por supuesto, nadie en el gobierno presidido por el general Jorge Videla. Por lo visto, no había manera de averiguar nada”.

“En una nueva carta abierta di el nombre de 17 represores uruguayos –continúa–. Sanguinetti se atrevió a contestarle a Günter Grass llamándole ‘idiota útil’, entonces sucedió lo que estábamos esperando: una vecina de la casa donde llegó el regalo de Navidad había juntado todos los artículos que se habían ido publicando y se puso en contacto con nosotros. Ahí supimos que el bebé que buscábamos era una niña. La señora que había criado a mi nieta (el marido, un militar uruguayo, había muerto ya), en un acto de amor, informó a la chica. Cuando fuimos a Uruguay para vernos con ella, el presidente Jorge Batlle quiso secuestrarme en el aeropuerto para que fuéramos juntos al encuentro. Me negué. Cuando por fin nos encontramos, pregunté a la chica si quería que aquello se hiciera público, me dijo que sí. Teníamos la certeza, al 99,9997 por ciento de que era mi nieta”.